



LA HORA

"Más allá de todas las hecatombes, la vida brota de nuevo"

"Hay siempre para el hombre una afirmación categórica: el *devenir*, el más allá que se aleja sin tregua y tras el cual es preciso correr, sin embargo. Corramos más de prisa cuando la bancarota de las creencias es cosa hecha".

RICARDO MELLA.

Asistimos al espectáculo vocinglero, más risible, más bochornoso e infame. La bestia asoma desenfundada en todas sus manifestaciones; y de común acuerdo, el vividor y el imbécil, claman participación en el desastre.

El momento debe ser de vida, decisivo, aclaratorio, para los hombres.

Más de lo que se ha dicho y agita contra la guerra, los que la fragúan y sus secuaces, hablan los hechos; las consecuencias, sus efectos, los sentimos hasta enfurecernos, nuestra naturaleza toda, se siente sangrar, amordazada y en el peligro de ser arrastrada al más infame de los acontecimientos político-industriales: la guerra.

Los vándalos, los piratas de esta tierra, aún conservan el ombligo sucio con el barro de todos los pantanos, y el rabo hecho raíz, clavado todavía como en la edad de las fieras; tal es su herencia, y en consecuencia obran.

Hora es ésta de preguntarse: ¿¿dónde está el pueblo!?

Hablemos sinceramente, rotundamente: un pueblo de elevadas tendencias humanitarias, pleno de aspiraciones saludables, de fraternidad y de concordia, anhelante de paz universal, un pueblo así, no existe; sólo existe una multitud entreverada y confusa de hambrientos, y de miserables caudillos de sectas, de comercio y de política caduca; un pueblo estragado por el catolicismo y las urnas, que cual enfermo beato, arrinconado y arrodillado, agonizando en éxtasis de muerte, al pie de un altar, pre-

senta sus más acabados aspectos degenerativos, y que falluto y decrepito, anuncia su contagio, su locura, su delirio por la guerra.

Acaso sea esta gran hecatombe mundial el fin de todos los medios artificiales inventados por los hombres, por los cuales ha vivido penando y sufriendo tanto tiempo la humanidad.

Forzoso es ver, convencerse e indicarlo, que el pueblo, es ese que anda infectando las calles de las ciudades, hecho un ridículo bufón, gritando y pidiendo: ¡guerra!, ¡guerra!

Pues bien, ese, ese, es el pueblo que hoy existe; vocinglero y esclavo. Su sabiduría, su moral de decadencia, lo ha confinado a lo más remoto de sus instintos; se siente héroe, juez y verdugo de sus propios pecados; precipita su destino, proclama el día del juicio final, y en tremante delirio, canta, al borde de la gran debacle, y la pide y la quiere y la exige.

¡La guerra! ¡La guerra! Se condena a morir ¿véis?

¡Que la guerra sea, entonces! ¡Que acaso sea esta vez, la verdadera quiebra de todos los falsos valores, la bancarota de todas las creencias, de todos los sofismas y todos los sectarismos!

En el cosmos, todo lo que no llena una función de vida por y para la vida, muere o se transforma, por ley misma de armonía. La vida se perpetúa, evoluciona y asciende; y en sus vastos horizontes, gesta y prodiga triunfos nuevos a todos los que viven por su vida y para la vida.

Hay, sin embargo, hombres que sienten en su interior palpitations de un pueblo sano de verdad, que en concordancia con la naturaleza, abrazados a la vida, lanzan a la faz de ese pueblo guerrerrista su anatema terminante e implacable.

Su voluntad de vivir, germina como fuerza en acción; y a través de los siglos, sobre todos los escombros, cantará salmos a natura en un eterno *Fiat lux*.

¡La hora es total y suprema!

En cada interior asoma el hombre o el

autómata; sus destinos se cumplen; el velo de civilización, si es prestado y fingido, si en realidad no ha sido él su verdarero gestador, se escurre completamente.

¡En cada cerebro donde se incuba y adora una frontera o una patria, su destino está en la guerra! ¡Y en cada cerebro

donde se anida y fermenta, un hombre libre, un pueblo hermanado, una humanidad en común consorcio, su destino está en la resolución!

“¡Contra la ley de los tiranos, hierro!”

ANGEL PRETTI.

CAROLINA MUZILLI

Páginas escritas para ser leídas en el homenaje que se dedicara a la señorita Muzilli, la noche del 8 de Abril de 1918; y que, a consecuencia del formulismo corderil, hipócrita, sectario, de la comisión organizadora, fueron por ella interrumpidas en la mitad de su lectura.

Dentro de nuestro ambiente, Carolina Muzilli constituía una excepción. Aquí, como en todas partes, quizás, donde la mujer es puramente doméstica, matrimonial, educada para ama de casa y madre de familia, Carolina Muzilli era un alma generosa, delicada, que trascendía los umbrales de su hogar y buscaba el dolor humano en el murmullo de la calle, en el trepidar de las fábricas. Amaba a los pobres, a la gente humilde, a las mujeres que se desloman en los tanques de los lavaderos, limpiando los humores de sus semejantes, a las que consumen su vista sobre la costura, a las que hacen ir y venir de la mañana a la noche, las planchas en las tablas de planchar. Amaba a los niños, pequeñas flores de los conventillos, cuya alegría retoza en los patios como los pájaros en las praderas, cuyas mejillas lucen la púrpura de su sangre lozana o el pétalo cardeno de la tisis. Amaba a toda esa gente, carne de los mataderos sociales, que vemos asomarse con la faz escueta y cetrina, sin una gota de sangre, a la puerta de los zucuchos de los inquilinatos, que vemos atravesar la calle con tremendos atados de ropa encima de la cabeza, que vemos en los arrabales a la hora del crepúsculo, cuando el traginar diario ha fenecido. Con un alma tan grande, era concebible la simpatía, la fuerza de atracción que provocaba Carolina Muzilli.

La conocí hace cinco o seis años, en un 1.º de Mayo, en la plaza Lavalle. Lloviznaba. Finas gotas de agua mojaban a ratos

el asfalto de la calle, que parecía charolado. De los balcones de las casas que ladeaban la plaza, salían voces de hombres, por cuyas gesticulaciones se diría que pedían socorro. En un balcón de la calle Lavalle, terminaba de hablar un orador sensual, de voz tonante y ademán bravío. Vestía traje negro, llevaba un chambergo de anchas alas onduladas, y su bigote, de grueso pelambre, ascendía en su tez pálida en forma mefistofélica. La muchedumbre, abigarrada abajo, se removía, lenta, pero persistente, sudorosa, oliente, ruda en sus aristas, vestida con blusas, con pañuelos al cuello y gorras en la cabeza. Varios labios pidieron que hablara Carolina Muzilli. Yo me adelanté anheloso, tratando de hacerme claros entre la multitud. Una joven había aparecido en el balcón. Tenía un acento delgado, grácil, apenas corpóreo, que se esparcía en el mar de cabezas, como las flores amarillas y azules de las acacias en los caminos de las plazas. Hablaba con lentitud, moviendo reposadamente los brazos. Les decía a los obreros de sus mujeres y de sus hijos, futuras presas del taller, de la fábrica, del capitalismo. Les pedía enseñasen a sus mujeres a emanciparse del yugo religioso, verdadero exponente de la imbecilidad humana, agremiarse en los gremios de sus profesiones para defender sus derechos contra la avaricia repelente de los patrones, contra su autoritarismo bestial y bárbaro. Sentí que mis párpados se humedecían con lágrimas. Aquella joven de aspecto elegante, fino, gracioso, hablando al pueblo de sus miserias, de sus penas, me producía real emoción. Acaso me encontraba ante un personaje como el de Pío Baroja, Juan Alcázar (1) el anarquista romántico, sentimental, soñador, de la profunda y trágica novela *Aurora Roja*. Sí, Carolina Muzilli era como él. Más valiente que María Aracil, (2) y menos práctica que Lita Iturbide, (3), renunciaba a todas las satisfacciones comunes a la mujer burguesa y se sacrificaba

ba en bien de los heredados. Era como una aparición celeste, de piedad excelsa, que venía a derramar la miel de sus evangelios en el corazón de los hombres. Era como el apóstol de Jerusalén, que venía a repartir la tibieza de sus manos, la sonrisa de sus labios, los juguetes de su bazar, entre los niños de los conventillos.

Su revolucionarismo fué activo, y no meramente cerebral. Creadora de centros femeninos, de recreos infantiles, de periódicos, como *Tribuna Femenina*, de escasa vida, ejerció el periodismo y la vigilancia del departamento nacional del trabajo sobre los establecimientos industriales, bregó por todas las adquisiciones que perseguía su partido, quien la contó desde muy joven en su seno. Hubiera sido interesante conocer ese período de la vida de Carolina Muzilli, cuando ésta, niña aún, de saya corta y cabellera trenzada, entraba en los comités socialistas y discutía fogosa, pero insegura, las premisas de Marx. Entonces, saldría a la calle en las manifestaciones, empuñando la bandera roja, que pendolaba de vereda a vereda. Varios ramos de laurel y palmas, sostenidos por otras manifestantes, la cercarían, y desde atrás, la columna de pueblo la zaheriría con sus exclamaciones. ¿Cómo viajaría la imaginación de Carolina Muzilli sobre la ciudad futura, sobre las fábricas funcionando a fuerza de electricidad, sobre las casas de lactancia, cuyas inmensas salas, rebosaban de blanca en la ropa de las cunas, y de fresca en los rostros de los chiquitines, sobre los banquetes universales en las calles, a las mesas de los cuales bajaban las aves a picotear los restos, según nos lo dice Zola en su épica novela *Trabajo*.

Carolina Muzilli escribió también folletos, críticas, cuentos infantiles y trabajos, alguno de los cuales se premió altamente en un congreso europeo. Fué delegada a conferencias americanas efectuadas en pro de la mujer y del niño, a congresos del libre pensamiento. En todas ellas se destacó, por el interés con que intervenía en los debates. Sus escritos, igual que su acción, se refirieron a una mayor posibilidad de vida superior en la clase pobre. La vida económica de ésta, su vida moral, social y corporal, en lo que atañe a la higiene, la interesaron, principalmente cuando se trataba de la mujer y del niño. Mi desconocimiento de la obra escrita de la señorita Muzilli, por no haber sido ella publicada en su conjunto, quita solidez a estas páginas, carentes así de un valor crítico y terminante, respecto a su personali-

dad completa. Mas no es mía la culpa. Por otra parte, Carolina Muzilli guarda en sí un caudal de hechos, que la hacen de suyo interesante. Estrenó una comedia dramática en el teatro Variedades de esta ciudad. La comedia, compuesta por tres actos, encara el ya tan dilucidado asunto del divorcio. Está bien escrita y se desarrolla con naturalidad, sin pesadez, sucediéndose sus escenas gradualmente. ¿Tiene ella un punto de vista original, descubre un tipo psicológico? No es este el momento de determinarlo. Pero, ante el teatro nacional actual, ante la desverguenza de sus forjadores, ante su inferioridad, su grosería, su chabacanismo repugnante, ante la ignorancia, la ininteligencia, la falta de ingenio, de penetración psicológica, de sensibilidad artística de los que lo componen, la obra de Carolina Muzilli (4) entrañaba, a no dudarlo, un ensayo ejemplar. No obstante lo estrenó en un irrisorio teatrillo parroquial, una compañía de cómicos de la legua, ante una veintena de insignificantes horteras, que querían pasar media noche despiertos, y otra veintena de afables compañeros que acudieron presurosos a presenciar el suceso. Mas no os admiréis, pues nos encontramos en Buenos Aires, ciudad en que los poetas se suicidan por falta de pan y de vivienda, de atención para su obra, en que los pintores se mueren tísicos en miserables covachas de sucios conventillos, en que los músicos yacen exánimes por el hambre bajo las arcadas del Paseo de Julio, en que los escultores no tienen un trozo de alimento que llevar a la boca de sus mujeres y de sus hijos. En Buenos Aires, ciudad en que la poesía se pasea vestida con guñapos, con una cara ascética, de ojos salientes y faciales largos, de tez incolora y miradas de fiebre. En Buenos Aires, que ostenta joyas, encajes, pedrerías y sedas, que organiza corridas de toros y juega a la ruleta, que baila en los hoteles y ríe en los cabarets, que lleva las entrañas insensibles, muertas, el corazón inmóvil, vacío de sangre, como una casa abandonada, el cerebro hosificado, pétreo, sin una idea.

Para hacer un estudio de conjunto sobre las condiciones del trabajo de la mujer y del niño, en la República Argentina, Carolina Muzilli hubo de emplearse durante tres meses en una gran tienda. Necesitaba conocer la vida laboriosa de esas muchachas que se cruzan a nuestro paso, a todas horas en las calles de la ciudad, que viajan en los tranvías en las primeras horas de la mañana y en las postreras horas de

la tarde, que almuerzan en las lecherías, tomando una taza de leche con café y un panecillo fresco, de cáscara ambarina, untado con manteca. Ya la tenemos a la señorita Muzilli experimentando su medio, haciendo de novelista naturalista, disecando el cadáver, por decirlo así, en su propio cuerpo. Sube y baja escaleras, asciende insensiblemente en los ascensores, que van dejando bajo suyo pisos y pisos, sin el menor ruido, conduce clientes a la caja, despacha jabones aromáticos y multicolores, de varias formas, calza costosos calzados en los pies de los compradores, apunta apurada el precio y el nombre de las mercancías en las boletas de pago, vacía las cajas de ropa blanca en los mostradores. ¿Qué otro sacrificio puede exigirse? Carolina Muzilli, mujer intelectual, sensible, delicada, viviendo la vida inútil, frívola, amorfa, del empleado; moviéndose como títere, agitándose con la acuciosidad antipática y adulona del bufón, siendo un puro ojos que atisban a todos lados, un puro manos y dedos que abotonan botas y cortan rectamente géneros, un puro pies menudos que desaparecen en los recodos de las escalinatas, un puro labios que dicen cortesías a quienes se desprecia y se odia íntimamente, siendo todo esto, sin corazón, sin cerebro, sin médula, sin vísceras, sin entrañas. Ni Zola, bajando a los subsuelos del mercado de París, para impregnar sus nervios olfativos con las emanaciones de las aves y de sus plumas, ni Eulogio de la Fuente, el exquisito artífice y raro psicólogo de *Toda la Sed*, aspirando esencias, tomando éter e inyectándose morfina para describir luego sus sensaciones, llegaron a tanto. Es la abnegación de una mujer apostólica, toda alma; toda corazón, toda desprendimiento.

Desgraciadamente, debía morir pronto. Una afección pulmonar atacó su débil organismo y la resintió enseguida. Su muerte debió ser apacible, blanda, sin una agitación, según escribió su hermano José, como la huída de las hojas en el otoño, que van haciendo espirales en la tierra, hasta desaparecer. Cuando terminó su libro psicológico *Por la Salud de la Raza*, ya en cama y bastante mal, llamó a su madre y le dijo:

—*Mama*, ahora puedo morir.

Hermosas, simples palabras, que resumen todo el contenido de una individualidad. Se fué sin concluir su obra, como muchas personas selectas de este país. La sepultaron en un día de tormenta. En el

occidente, las nubes, pesadísimas, tenían un color de pólvora; en las demás partes eran grises. Yo vagaba por las callejuelas desiertas del cementerio. Las bóvedas cerradas, puestas a los dos lados de los viales, evocaban las calles de los pueblos de campo en la hora de la siesta. Los truenos se desencadenaban estremecedores en el firmamento. Llegó el cortejo, sacaron el carro fúnebre el ataud, lo metieron en el cementerio y lo pusieron en las angarillas. Comenzamos a andar en una ancha avenida y doblamos luego por un estrecho camino. Las angarillas rodaban en el suelo silenciosamente, produciendo un trepidar uniforme y acompasado. Cuando llegamos al túmulo, me fijé en los presentes. Eran compañeros políticos de la señorita Muzilli; algunos amigos que la distinguían, y nada más. Indudablemente, faltaban allí muchos que habían sido favorecidos por la señorita Muzilli de una manera irreprochable. El hermano, postrado de rodillas junto al féretro y con la cabeza apoyada en él, lloraba. Un joven judío, de cara endurecida, como de hierro forjado a martillazos, con la voz ambigua del pollerudo, imberbe y de melena tajeada al medio, decía un discurso.

JULIO CÉSAR FORD.

- (1). La Dama Errante.
- (2). La ciudad de la Niebla: Pío Baroja.
- (3). El Mal Metafísico: Manuel Gálvez.
- (4). Salvo algunas excepciones muy estimables.

Número próximo:

POESÍAS

— DE —

JOSUÉ CARDUCCI

Versión castellana de

MARIO CATALDO MARCIAL

Sumario:

A. Satán.

La Guerra.

Sobre Monte Mario.

Fantasia.

Junto a la urna de P. Bysshe Shelley.

Elegía del monte Spluga.

Miramar.

De la canción de Legnano.

POR LOS QUE FUERON

Pláticas de sol y de vida

PARA ALBORADA.

Marcelo, tendido aún, indolente, en la verde planicie de los inconmensurables campos sin labranza, pronunció en un sacudimiento abúlico, aunque con un tanto de negligencia:

—Has dicho que nosotros continuamos el camino que otros antecesores no pudieron continuar, ¿no es así?

—Que otros antecesores — rectificó Carlos — extenuados de cansancio no pudieron continuar... Habían hecho ya el trayecto que sus fuerzas les marcara, e imposible pretender que anuladas en paroxismo exangüe, se reanimaran un instante más.

Hubo una pausa larga. Marcelo volvióse a quedar ensismado en su contumaz reposo. Acostado de espalda, a lo largo, contemplaba la nitidez del cielo con marcada displicencia. Carlos, apoyado de costado, sobre un codo, miraba zahorí allá, a lo lejos, donde una extremidad etérea conexiona con la tierra en símbolo de paz y de fecundo afecto...

Varios días hacía que en binomio peregrino andaba sin norma, al azar. Rendidos de caminar, sentáronse predispuestos esta vez a departir sobre el dolor y las vicisitudes amargas que, como ellos, experimentan los espíritus faltos de los más sagrados patrimonios. Y eran tales alternativas psicológicas, latigazos crueles que Marcelo soportaba rumiando profundas inclemencias que se ahogaban en un delirio tosco de ignorancia...

Carlos ora con angustia, que refraccionábase en sus ojos de ensueños redentores, de intuiciones halagüeñas, ora con una complacencia que le dilataba el pecho, interpretaba poemas de vida que repercutían al igual de un salmo bienandante en el silencio de aquellos campos yermos...

En un momento que el aura tuvo una intermitencia de quietud, sintióse Carlos con impulsaciones activas de andariego y exclamó:

—¡Ea!, es menester que prosigamos el camino; — y sacudió a Marcelo, que parecía dormir. No hay necesidad que la noche nos coja sin guarida donde albergarnos.

—En verdad, que el relente no es muy bueno — arguyó Marcelo sin poner mucha

atención a sus palabras. Pero aun tenemos para rato la protectora luz del sol.

Continuó su frase con apacible optimismo, omitiendo la de Carlos. Atracción de goce ofrecía el ambiente. La irradiación solar, en ráfagas destellantes, saltábase en el glauco suelo, reverberando esfumaciones que se plasmaban en la retina de Marcelo, las que él armonizaba en un festín mitológico, donde se celebraba la proeza de Hércules, llevada a cabo en el jardín de las Hespérides...

Cohibido Carlos por sentimientos colectivos que eran inmanentes a su temperamento de humanas concepciones, parangonó contrito el amargor de vividas elegías selladas con oprobioso ancestralismo. Muy lejos de ellos cruzó una sombra que en polvaredas plúmbeas refundiase a intervalos. ¡Parodia cruel de vida que luchaba con la muerte era aquella piara de hombres que cruzaban su infortunio, dejando tras de sí una estela de profanación maldita!...

—Piensas — inquirió Marcelo con cierto aire de reproche — que llegaremos a la villa más cercana sin volver a darnos reposo?... Presiento que aun quede muy distante.

—Ves?... Razonable es, entonces, emprender camino desde ya.

—Parece que tuvierais miedo a pernotar. A vosotros siempre os amilana el mismo achaque... ¡Ni que fuérais alfeñiques de cuna!

Carlos advirtió a Marcelo que, gruñón y despectivo le juzgaba. Sintióse zaherido con tentaciones vivas de pegarle un puñetazo; pero interiorizado de su impotencia, postróse cabizbajo. Tenía razón; su contrario era un trinquete de cuerpo y de alma...

Un mutismo de angustia y de reflexión a la vez, dominó extenso a aquella adversidad de voluntades, interin oíase en el calmoso tiempo una emisión de acordes que era el ritual de amor que en vano a sus hijos canta la Madre Natura...

Moralmente Carlos excitado, con el rostro lacerado por muecas de hondo sufrimiento, atraía a su mentalidad imaginativos encuentros de pelea que se libraban en su interior, y en cuya lid él tomaba parti-

cipación titánica. Mas en momentos que presentaba manifiestas pronunciaciones de agotamiento físico, exclamaba con respiración carente de unísono.

—; Caemos, amigo mío, miserablemente vencidos! Nuestra misma modorra e impotencia que como despreciable adición genésica llevamos en las entrañas, nos aprisiona a la cadena secular, cuyos eslabones expanden en eco acústico extertores de infinito dolor; y ¡oh, pena inmensa!, vibran esos gritos tan abyectos que ni siquiera tienen la virtud de conmover...

Por las arterias de Carlos corrió la sangre en suprema agitación; sus ojos en fulminación ígnea, semejaban dos luciérnagas enormes, las que favorecían presenciar una formidable apoteosis de venganza... Marcelo al celeste sin mácula del éter, tributaba un leve gesto de sonrisa, en la que iba toda la afectividad de su alma, inconscientemente...

Declinando el sol puso en ellos un dorado lampo de luz; minutos después por el occidente perdíase de vista...

NICOLÁS REGO.

La gloria del vencido

... Era hijo del pueblo, y, como tal, tuvo: por albergue, el miserable tugurio; por cuna, un instrumento torturador; y, por alimento, el jugo acuoso y sanguinolento de unos pechos escualidos.

En el alma del pueblo, fué alimentado con la savia del dolor y de los odios. Desde su infancia dejábanse traslucir en él la rebeldía, la insumisión, la desobediencia, y, algo así como una especie de terquedad: todas esas cualidades que, al correr del tiempo, y rubricadas por la sanción de una sana razón llegarían a hacer de él un carácter, una voluntad, un hombre fuerte.

La aurora de sus veinte años reveló en él un espíritu audaz, inquieto, soñador y reactivo a la quietud e inactividad. Descontento, lleno de ansias, ávido de luz, sacrificó, no pocas veces, el pan de su hambre, para adquirir volúmenes; y robó noches al sueño para ir a embriagarse de conocimientos en las bibliotecas populares: únicos templos que no habían sido profanados por los tufos que monopolizan la ciencia para así, hecha privilegio de unos pocos, poder sentar plaza de mercaderes en las "domus sanctae" de la ignorancia de las multitudes idólatras, que habían de rendir tributo, dando a los Césares y a los Dioses lo que no es de los Dioses ni de los Césares.

Apto para la lucha, poseía cualidades que hacían de él un sér privilegiado. Impulsivo, audaz, lleno de fé en sí mismo, desdénaba las probabilidads de la derrota, e iba a la lucha impulsado, por algo así como una ley propia y fatal.

En los instantes de vacilación y de desmayo, sentía como una voz imperativa: "La voluntad es el alma de todos los triunfos!

Querer es poder!... Y poder es el principio del sér!"

Y alentado de nuevas ansias, de nuevos bríos, sentíase el predestinado a la conquista de los grandes triunfos.

Cerebro hecho para la luz, tomó por asalto los alcázares de la literatura. Las musas del Parnaso lo proclamaron favorito; y la poesía tenía en él un ruiseñor inimitable.

Audaz pirata, arribó a las playas de la ciencia y vació torrentes de luz en el ritmo proteiforme de la palabra. Ciego de grandeza, sentía enorme desprecio por todo lo mezquino y por todo lo que no traspasaba los límites de la vulgaridad.

Su sed de gloria lo poseía; mas, cuando ella se le ofreció, sintióse humillado; y enterró bajo sus pies los laureles que la aristocracia y la plebe le brindaron.

Sentíase inconoclasta; y llevó hasta las multitudes idólatras, el desprecio que sentía por los ídolos.

Su concepto del derecho era éste: "Yo soy yo!... yo soy mío!... a nadie, pues, pertenezco! Yo soy mi todo". Su concepto de la libertad, sintetizábalo así: "El hombre no debe ser rey del hombre!... ni esclavo del hombre! El hombre debe ser su propio rey!... Entonces, yo soy mi soberano!... mi libertad es hija de mi voluntad! Cuando quiero, soy mi soberano! Cuando quiero, soy mi esclavo!... Soy, pues, el dueño de mi voluntad!" Y, dijose: ¡Soy lo que quise ser! soy un hombre libre!... Tengo, pues, derecho a la vida!"

... Y aquel soberbio cóndor, que fué a morar en una alta cumbre de marfil, desde cual supo despreciar con altivez la corona de laureles con la que quisieron nimbarlo,

contemplóse a sí mismo cual si quisiera encontrarse. Parecía presa de una crisis enorme y honda; y, cuando ella pasó, sus ojos quedaron fijos en el vacío, como dos imperativos interrogantes: "todas mis ansias de libertad, de ciencia, de triunfos, de gloria, de superación; todos mis sueños, mis nobles ambiciones, mis esperanzas, mi Ideal, en fin... todo, todo realizado! ¿A qué vivir entonces?... Qué es la vida sin una esperanza, sin un sueño, sin un deseo, sin un ideal que nos incite a vivir? ¡Nada!" Y sintió como un escalofrío, cual si por su mente hubiera cruzado, fugaz, el fantasma del suicidio. Mas, ya casi poseso de sí mismo, recordó aquella colosal afirmación: "¡Soy un hombre libre!... Tengo, pues, derecho a la vida! Pero... ¿qué es la vida?... la vida es: el hoy!... el mañana!... el más allá del mañana!... luego, el más allá!... y, siempre el más allá. La vida es: lucha eterna!... eterno deseo!... eterno Ideal! Es: forma hoy; y, cambio de forma mañana; y, cambio de forma siempre! Una realidad para hoy, y una esperanza para mañana!... y, cada esperanza hecha realidad, otra nueva esperanza! Una realidad para hoy y un posible para mañana!... y, cada posible que se haga realidad, un imposible, que el tiempo hará posible!... y, así!... siempre así!... hasta el fin, sin fin; del infinito".

Y aquel sobrehombre, que parecía haber despertado de una pesadilla, pensó en vivir; en vivir solamente!, y comprendió que era necesario un Ideal. Y sus ojos, que parecían iluminados por una luz intensa, fueron a perderse allá... a lo lejos... en el alma del gran mundo, como si quisieran buscar en él el ansiado Ideal: el "¡Más allá!"

... Y, aquella soledad, aquel ostracismo voluntario, que él consideraba como la mayor de sus glorias, parecía atormentarlo. En su semblante, sereno, en el que se adivinaba al "hombre-voluntad", pugnaba por sintomarse la tristeza; mas, luego, como poseído de una resolución irrevocable, alzóse en majestuosa actitud: "El mundo es para los hombres!"

Y, cual si una ley fatal, tal vez la misma que lo condujo al error del aislamiento, lo impulsase, abandonó aquella venerable soledad en la cual había proclamado el "reinado de sí mismo", no sin antes haber dejado caer una lágrima sobre todos sus triunfos, entre los cuales se consideró el vencedor de sí mismo, es decir: su propio vencido.

... Y, el mundo, lo recibió con un gesto de admiración y de sorpresa: "¡El!... el

morador de las cumbres!... ¿era posible que cayera desde tan alto?" ¡Era posible!

Y ¡cayó!... pero cayó de pie... sonriente y bueno! Cayó orgulloso de sí mismo, como aquellos que se saben incorruptibles y que saben que la derrota está en la lucha; y que la lucha es el camino de todos los triunfos.

Era hijo del pueblo! Había salido del alma del pueblo! Y al caer, cayó allí, donde había sido su cuna: entre la canalla!

¡Oh, fatalidad!... Es el fin la verdadera afirmación del principio?

Y la santa canalla, tenía en él, no al redentor, porque no hay redentor!, pero sí el apóstol: el misionero.

Su verbo, sonoro, de una sonoridad formidable, fué a llamar como una mano carmelenga, en la frente del Lázaro Social. Bardo indomable, sus estrofas eran lanzadas al viento como soberbias proclamas. Colosal tribuno, alzaba su altar allí, donde se le ofrecía un pequeño espacio: desde el aula hasta el prostíbulo.

Y su palabra, violenta como el huracán; y a veces, solemne y casi sollozante, sugestionaba, poseía, y adivinábase en su oratoria el rumor de no lejanas conmociones, augurables de inevitables cataclismos.

Hablaba de los anarquismos del corazón, libérrimos como los anarquismos del ensueño; hablaba de los anarquismos de la ciencia, del arte y de la santa poesía; y en su anarquismo, en el cual la canción de las "iras santas" dejábase oír serena e incontenible, adivinábase el alma de la divina palabra: ¡Amor, Amor!; y aquél, su anarquismo, sintetizábalo en las palabras: libres e iguales; e hizo de él su apostolado, hasta el día en que cerró sus ojos a la luz.

¿Cuál fué su gloria?

Junto a su lecho de muerte, joven y hermosa, estaba aquella mujer: aquella hija de la aristocracia, que se dió, en cuerpo y alma, a aquel hombre que había negado el amor. Un sol de oro dejaba caer sus rayos, como una clámide de luz, sobre el rostro del apóstol. Y, ¡blanca!... como aquella torre de marfil en la cual un día creyóse él vencedor, caía, herloseando su frente y nimbándolo como una aureola, la nivea cabellera de aquel gran hombre que, al morir, puso los ojos fijos en el lejano horizonte; y sonrió, satisfecho de haber empujado al mundo hacia su gloria: El anarquismo de los que vendrán.

B. DE ABAJO.

Bahía Blanca.

POESÍAS

FLOR DE IDEAL

I

El ideal es una flor
sobre una cumbre elevada:
cumbre a pico, flor nimbada
de un halo enneguecedor.
Lleva en su savia el vigor
de la mañana primera,
y es tan bella, tan entera,
tiene un gesto tan bravo,
que parece un desafío
al pie de una audaz bandera.

II

Y es desafío, en efecto,
entre el tumulto volcado,
tal un "a fondo" lanzado
hacia los pechos, directo...
¡Desafío a lo provector
que oprimir quiere y medrar!
¡Ajud echado a rodar
contra lo falso y ruín!
¡Bronco grito de clarín!
¡Escupitajo a la mar!

III

¡Oh, la flor, la flor soñada
sobre la cumbre de amor,
abierta al primer candor
de la primer alborada!
—Es la genial llamarada
en que el hombre se ha encrestado:
luz que sus pasos ha guiado,
fiebre que lo ha poseído,
¡luz y fiebre que ha venido
manteniéndolo parado!

IV

¡Oh, la flor, la flor abierta
a los besos de la aurora:
es la energía creadora
que a otras creaciones despierta!
¡Ya la quisieran ver muerta
los necróforos, sombríos,
los negadores judíos
del vivir alto y fecundo;
los prepotentes del mundo,
los sin alas, los tardíos!

V

¡Ya la quisieran así:
fría, inmóvil, derrotada,
para pasto de esa nada
que llevan ellos en sí!
Pero brava, zahorí
de la profunda verdad,
heroica de libertad,
sublime de excelsitud,
es eterna juventud
creando eterna humanidad!

VI

Roja, en la cumbre altanera,
vibrante de admoniciones,
sonora de afirmaciones
está la flor agórrera...
Y así grácil, y así entera,
Y así augur y así crecida,
es una pasión nutrida
en sangre de muchedumbre:
¡faro audaz sobre la cumbre
del dolor y de la vida!

VII

Nadie podrá poseerla,
jamás un pecho exornarla:
para poder alcanzarla
será preciso quererla...
Porfiador, para tenerla,
generoso, para dársela,
valiente, para igualársele
y bueno para nutrirlo...
¡más, sobre todo, sentirla,
para poder acercársele!

VIII

No; los que nunca en la vida
tuvieron un solo sueño,
por más que pongan empeño
répecharán la subida!
Y así en audacia afrevida,
y en constante vibración,
pongan soberbia en tensión
y fiereza en la mirada,
¡jamás habrán puesto nada
si no han puesto corazón!

IX

¡No, los que todo lo niegan,
no los turbios indolentes,
no los mezquinos videntes
por mucho que pujen llegan!
¡Sí, los buenos, los que bregan
por la vida en que se dan,
los que ponen bien y afán
en una mejora de alma,
esos, sí, sin paz, sin calma,
esos sí que llegarán!

X

El ideal es una flor
de optimismos y contentos:
brasa lírica a los vientos
de la vida y del amor...
Lleva en su savia el calor
de un azul día entusiasta,
y vibra tanto, y resalta
con luz tan fuerte y tan bella,
que se parece a una estrella
sobre una frente muy alta!

FERNANDO DEL INTENTO.

LA CONFESION DEL APOSTOL

En humildosa actitud
subió al tablado el vencido,
y con acento *dolido*
habló así a la multitud:

"Oid, mis hermanos: Siento
inusitada congoja:
mi alma tiembla como una hoja
sacudida por el viento.
¿Será esto el presentimiento
quizá, de males cercanos?
No sé deciroslo, hermanos,
mas, esta vaga intuición
me pone en el corazón
como un nido de gusanos.

"No os engañe mi frialdad:
hay en mi aspecto apacible
la calma augusta y terrible
que anuncia la tempestad.
Persiguiendo la Verdad
me ilusionó un espejismo,
y hoy, al volver en mí mismo,
me veo con pesadumbre
tan distante de la cumbre
como cerca del abismo.

"Es muy triste ¡oh, mis hermanos!
derivar entre el turbión
cual la barca sin timón
a través de los oceanos.
Los pensares son insanos,
no hay auroras peregrinas;
las flores se hacen espinas,
y, en las claridades diurnas,
parecen aves nocturnas
aun las mismas golondrinas.

"Fué contemplando el abismo
que siempre miré con calma,
que sentí agobiarse mi alma
y nacer mi pesimismo.
¿Es que dudé de mí mismo?
¿Temí, acaso, del tirano?
Para mí el por qué es arcano,
sólo sé que, tras lid ruda,
anidó en mí ser la duda
como un gorgojo en un grano.

"¡La duda! ¿Sabéis qué es
la duda que tras mí arrastro?
¡Negra nube para mi astro,
guijarro para mis pies!
Yo miro marchar la res
resignada al picadero,
y al verla jadear, inquiero:
¿Son eternas estas leyes?
¿Siempre han de sufrir los bueyes
la fusta del carretero?...

"Escruto la enhiesta cumbre
donde ha de surgir la aurora,
y el alba no la decora
ni hay un astro que la alumbre.
Un vaho de podredumbre
fluye de la lontananza,
y allá, entre la humana andanza
donde el Ideal gesta el brote,
veo, por cada Quijote,
legiones de Sanchos Panza.

"Con cinismo sin ejemplo
del ágora hacen mercado
sin que haya un Jesús airado
que haga respetar su templo.
Aquí y acullá contemplo
los estigmas del terror;
en cada pecho un dolor,
en cada espalda una cruz
¡y ni un destello de luz
que me señale un Tabor!

"El pueblo vive entre el lodo
con su instinto de majada,
y se resigna a ser nada
cuando puede serlo todo.
Desarrapado y beodo,
y agobiado por la pena,
rueda deshecho en la arena
y en su abyección y ruindad
aun besa con humildad
la mano que lo encadena.

"Cada héroe o adalid
que se moteja de Cristo,
esconde un torpe Mefisto
como la flor el aspid.
Truena el fragor de la lid
que destruye las ciudades,
y pasan las majestades
triunfantes sobre el terruño,
sin que se álce un solo puño
a castigar sus maldades.

"Ante el general agrado,
el Bien se desmonetiza,
la Libertad se cotiza
y el robo es legalizado.
Se hace fundir el arado
para fabricar cañones,
y sonríen los Catones
al ver vagar a Cupido
con el corazón podrido
y la aljaba ahita de "acciones".

"La Fama, baja y servil,
cual la peor de las bacantes,
llena de sombra a un Cervantes
y glorifica a un Rhoschil.
Por una saya de dril
se venden Arte y Trabajo,

y en tan horrible descuaajo
no sé a quién dar mi diatriba:
¡si a la miseria de arriba
o a la inconsciencia de abajo!...

"¡Oh, humanidad de cigarras,
que reniega de la hormiga
y hace del dolo loriga
y de los élitros garras!
En vano poda las parras
para cubrir sus despojos;
la lascivia de sus ojos
macula todas las cosas
¡Sus babas manchan las rosas
y su sangre los abrojos!

"Se envanece con su rango,
y tiene por monte un cerro,
y por Dios un vil becerro
sobre un pedestal de fango.
Su símbolo es un chimango
que juzga águila caudal;
y en su ambición de chacal
hoza entre la podredumbre
sin un anhelo de cumbre,
sin un ansia de ideal!...

"Quise verla redimida
y me volvió, traicionera,
un mal por cada químera,
por cada beso una herida.
Aniquilando mi vida,
me arrojó en su cieno inmundo;
y hoy, sin un sueño fecundo
que me aliente en mi desvelo,
vago con mi ansia de cielo
como una sombra en el mundo!

"De mis pruritos de lizas,
de mis ardientes pasiones,
extinguidos los tizones,
ya ni quedan las cenizas.
Sin fe, la esperanza en trizas,
contemplo al fulgor de Palas
la vida exenta de galas,
y en mi corazón ateo
angustias de Prometeo,
dolor de cóndor sin alas!

"Gladiador vencido, ignoto
para la gloria del mundo,
ya soy un campo infecundo
que descuaaja el terremoto.
Mi pobre espíritu roto,
que no descansó jamás,
hallará calma, quizás,
cuando en los terrestres senos
sin que haya vidas de menos
se eleve un sepulcro más!...

"¡Adiós, hermanos! El sino
que del dolor me ata al carro,
hoy trueca al brillante en barro
y al huésped en peregrino.
Nada espero del Destino,
nada de la Humanidad;
¡soy una negra orfandad
que, ante el pesar que la obseca,
se va, como la hoja seca...
que arrastra la tempestad!...

"¡Oh, alma, imagen de Ormuz
que frente a Arhimán se asombra,
alma que eres negra sombra
y que debiste ser luz!
Confórmate con tu cruz,
y ve por tu áspera huella
volcando tu honda querella
al mundo infame, a quien huyo,
tú, que fuiste un vil cocuyo
y naciste para estrella!..."

Calló el vencido, y, con paso
tardo de convaleciente,
alejóse, tristemente,
como un sol que va a su ocaso.
Un gran silencio de raso
flotaba por la altitud,
y en tanto que en la amplitud
de la tarde que moría,
el apóstol se perdía...
¡Lloraba la multitud!

D. J. FIRPO GARELLI.

* * *

OCASO EN EL MAR

Una barca oscura
venía por el mar...

Alguien cantaba en ella...
yo no oía el cantar!...

Espuma levantaba
el ligero remar;
la espuma, alegremente
parecía bailar...

El poniente, vertía
ondas de oro al mar...
En tantas mayorías rugían de las olas
madrepóricas islas de coral!...

En las rompientes,
regio séquito de sirenas gritaba a los marinos...
¡Sus brazos se tendían
hacia el buque fugaz!...

Yo escuchaba sus voces...
Todo tenía el ritmo misterioso del mar!

ENRIQUE DE LEGUINA.

COMO DEBES QUERERME

Yo quiero que me quieras como soy:
 así como me siento
 ¡Que me quieras con todas mis virtudes,
 y también con mis vicios y defectos!

¡Tal como soy! En mí todo te agrade,
 todo te sea bueno;
 pues, mis propias flaquezas, si me quieres,
 aplaudirás como un encanto nuevo!

Yo no puedo cambiar de como soy:
 así como me siento...
 ¡Y tú debes amarme, si me amas,
 en cuerpo y alma, como soy, sin velos,
 pues nunca he comprendido
 que, en el Amor, existan los defectos!

LÓPEZ DE MOLINA.

Rosario, Estío de 1917.

* * *

UN GRITO

Yo paro con dolor, como una madre,
 a cada verso mío... ¡Todos ellos
 — y esta sinceridad fuerza es que cuadre —
 son hijos míos, aunque no son bellos!

Así, a cada golpe del Destino,
 yo traduje la angustia en cada verso,
 no meditando mucho si era fino,
 volcando en él todo el dolor perverso!

Voy así deshojándome en la estrofa,
 dándole vida mi dolor maldito,
 cual si yo hiciera de mi pena mofa.

Mis versos son, por ello, meños suaves:
 son pensativos, cejijuntos, graves,
 y más que todo, y más que todo, un grito!

LÓPEZ DE MOLINA.

Rosario, Estío de 1918.

* * *

VOZ

"De Poemas Modernos y Exóticos".

Yo que tengo del Inca salvajismo
 y del paje de Francia suavidades;
 yo, que sé de la cumbre y del abismo
 y sé de sombra y sé de claridades;

he de elevar un faro de idealismo
 a través de románticas edades,
 para ser por milagro de egoísmo,
 antorcha y faro de albas libertades.

Nazca en los viejos surcos del cerebro
 la rebelión que con el sol celebro;
 suene mi verso al esplendor reacio;

y en una elevación más que altanera,
 mi espíritu planee en el espacio
 como una inmensa y bárbara bandera.

BARTOLOMÉ GALÍNDEZ.

* * *

¡ABAJO LA GUERRA!

— ¡No vienen! — decía la anciana llorosa,
 no vienen mi esposo y mis hijos queridos!...
 ¡La guerra! ¡Oh, la guerra horrorosa,
 tal vez en cadáveres, los ha convertido!

La patria los tiene sin tregua luchando
 contra hijos que tienen también una madre,
 que pasa los días y noches llorando...
 ¡Pensando en la bala que habrá de matarles!

¡Abajo las armas!... — gritaba indignada.
 Y guerra a la guerra las madres haremos!...
 ¡Porque es imposible dejar resignadas
 matarse a los hijos que tanto queremos!

¡Abajo las armas! ¡¡Abajo las guerras!...
 Decía la anciana con grande dolor;
 las madres haremos reinar en la tierra
 ideales de Paz y de Vida y de Amor!...

ALFREDO FERNÁNDEZ.

**Ediciones extraordinarias
 de "ALBORADA"**

Próximamente, de González Castillo:

LA MUJER DE ULISES

pieza dramática en tres actos.

EL HIJO DE AGAR

pieza dramática en tres actos.

EL MAYOR PREJUICIO

pieza dramática en tres actos.

"EVOCAIONES"

— Cantos de amor y de gesta —

POR

MARIO CATALDO MARCIAL

Un tomo de 130 páginas

El producto de este libro, el autor lo cede a beneficio de esta revista.

Pedidos a la administración, Estados Unidos núm. 3725.

Tierra virgen, de Gabriel D'Annunzio

La calle abríase hacia adelante, bajo la rabia del sol de julio, blanca y llameante y sofocante de polvo entre las zarzas secas, llenas de varas rojas, entre granadas mustias y algún ágave en flor.

El rebaño de cerdos irrumpiendo por aquella blancura, levantaba nubes enormes; Tulespre, detrás con la caña sobre aquel amontonamiento de dorsos negruzcos, de los cuales salían gruñidos sordos y un continuo hozar y hediondez fuerte de carne recalentada; Tulespre, detrás, lanzando grandes aullidos de la garganta seca, de cara roja y completamente bañado en sudor; Yozzo, un mastín manchado de negro, con toda la lengua fuera, baja la cabeza, iba junto a él rengueando. Y dirigíanse a las encinas de la Fara, los cerdos a saciarse de bellotas, Tulespres a cortejar.

Andaban. Allí en San Clemente Casauria había un montón de arrieros adormecidos a la sombra de los arcos de piedra; era un montón de cuerpos exhaustos: rostros quemados, piernas y brazos desnudos tatuados de turquí; roncaban fuerte, y de aquella carnuza viva exhalábase un fuerte olor de salvajina. Al paso del rebaño alguien se irguió sobre los codos. Yozzo husmeaba; luego, firme sobre las tres patas empezó a ladrar furiosamente: los cerdos se desbandaban por aquí y por allá, con gruñidos agudísimos bajo los golpes de caña; los arrieros al verse asaltados de improviso, saltaron en pie llenos de miedo, mientras la fuerte luz los hería en los ojos entorpecidos por el sueño; y la polvareda cubría todo aquel tumulto de bestias y de hombres frente a la majestad de la basílica glorificada por el sol.

—¡Por San Antonio! — bramaba Tulespre, afanándose por reunir el rebaño, entre las rabiosas imprecaciones de los arrieros. ¡Almas condenadas! y volvió a ponerse en camino, corriendo, atormentando con la caña, con las piedras, hacia el encinal que verdeaba a la distancia, donde estaban las bellotas, y las espesas sombras y los cantares de Flora.

Flora cantaba a voz en cuello, sentada bajo un seto vivo de zarzas, mientras en torno las cabras pacían trepando por el terreno elevado, cantaba delante de las encinas gigantescas, que se erguían con la gran fuerza de sus troncos y alargaban los

frondosos brazos, llenos de frutos, en aquella dicha olorosa de aire y de luz. El viento de la montaña hacía sentir su hálito: un susurrar amplio, un ondear de ramajes, un relucir de bellotas corria por todo aquel pueblo vegetal: abajo, las sombras rotas, por claros llenos de sol. Los cerdos se despararraron revolcándose por entre aquella abundancia, con gruñidos de placer; y Flora cantaba un cantar de claveles; y Tulespre, jadeante, tomaba el fresco, la canción; y sobre toda aquella salud pujante, serena, joven, de plantas, de bestias, de hombres, se abría el cielo de ultramaro.

Tulespre habíase inmergido en la humedad de la hierba que aquí y allá estaba aun intacta, sentía hervir la sangre, fermentar, como virgen mosto, dentro de las venas. A poco a poco en aquel refrigerio el ardor se le desvanecía por los poros; de los montones de heno de entorno le subía hacia las narices calientes una voluptuosidad de perfume; en el fondo de la hierba sentía hormigueos de insectos, sentía en la piel, en los cabellos velicamentos de corpúsculos extraños; y el corazón le palpitaba al ritmo salvaje del cantar de Flora...

Estuvo escuchando. Después se puso a escarbar la tierra como un jaguar contra su presa.

—¡Ah! — gritó de golpe; poniéndose de un salto, en pie, delante de ella, con una carcajada: tozo, todo músculo, de pecho rojizo, de ojos que acusaban salud, coraje, amor.

La pastora no tuvo miedo, hizo con la boca una mueca de burla indescribible.

—¡Oh; qué te has creído? — dijo, desafiando.

—Nada.

Y callaron; y la Pescara mujía a lo lejos, detrás de la altura, en el profundo bosque, bajo la montaña desnuda.

Pero a Tulespre asomábasele toda el alma en las pupilas, y las pupilas teníanlas clavadas en aquella soberbia mujer de carnes color de cobre.

—¡Canta! — dijo rompiendo el silencio con un frémito de pasión en la voz.

Flora volvióse, con la sonrisa de su boca sanguínea mostrando las dos hileras blanquísimas de sus almendrados dientes; y arrancó un puñado de hierba fresca y tiróse la en la cara con un ímpetu en que adivinábase el deseo, como si le hubiese

tirado un beso. Tulespre tembló: sintió el perfume de la mujer, más agudo, más embriagante que el perfume del heno.

Yozzo, ladraba lanzándose hacia aquí, hacia allá, estimulado por el patrón, contra los cerdos dispersos.

Era la tarde, llena de cálidos humos entorno de las cimas: las ramas de las encinas tomaban resplandores metálicos a los lánguidos hálitos de la brisa; bandadas de pájaros salvajes atravesaban allá arriba, el rojo aire, perdiéndose; y de la parte de las minas de Manopello llegaban soplos preñados de asfalto, a trechos y a trechos llegaba también la última cantilena de la pastora, allá entre el medio de los enebros de un bajo.

Los cerdos arrastraban las pinguosidades de los vientres al bajar por el descenso todo abermejado de pipirigallo en flor; Tulespre, detrás, canturreando de nuevo la copla de los claveles, tendiendo a veces la oreja cual si le llegase también un palpito de voz femenina. Reinaba el silencio, mas del silencio nacían miles sonos indefinibles, mas los avemarías se propagaban de iglesia en iglesia, con un ondeamiento de melancolía. ¡Y de qué manera los árboles enviábanle efluvios de mujer a Tulespre enamorado!

Salieron al camino real: de los lados las zarzas se sofocaban bajo el polvo y un blanco dudoso extendiase delante en la claridad plenilunar; de la mancha oscura del rebaño, algún gruñido en voz baja, luego las monótonas pisadas, monótono el canturrear de los carreteros, el campanillar de los alfanas cansados, en aquella inmensa calma de frescura, de fragancia y de luz.

¡Mas el bosque fué traicionero! En la Fara aquella mañana oíase un continuado silbar de merlos, un susurrar alegre de hojas y de ramas, bajo el tierno cielo de turquesa bordado de follajes, en las gotitas de la reciente lluvia se refractaban miles de iris.

Y alrededor, en lontananza, de las alturas de Pretranico a los olivares de Tocco, la salvaje campiña humeaba reamada por el sol.

—¡Oh, Flora! — gritó Tulespre, viéndola venir detrás de las cabras bajando por la senda entre dos espalderas de granadas, altanera como una becerra.

—Voy al río — contestó ella perdiéndose con el rebaño en los atajos.

Y Tulespre oyó el crepitar de las ramas destroncadas, los breves balidos en la bajada, las voces, luego una rociada, un sonido, un canto con murmullo de surtidor...

Dejó a los cerdos pastando y se echó por la pendiente, allá, como una fiera en celos.

De la humedad estuosa del terreno pululaba, hacía explosión una fuerza joven y áspera de troncos, de vástagos, de tallos, semejantes a columnas de malaquita, arrastrándose hacia abajo, retorciéndose como espirales de reptiles, alzándose con ímpetu de lucha por un poquito de sol. Las orquídeas amarillas turquíes bermejas, las amapolas sanguíneas, los áureos ranúnculos abigarraban toda aquella verdura ávida de humor; las yedras, las madreelvas se lanzaban entre tallo y tallo, se apretaban en volutas inextricables alrededor de las cortezas; de los frútices cerrados las varas suspendían a los corimbos; y el viento era una tempestad inmensa, era como un respirar, un alentar de pechos humanos; y un efluvio agrio de linfas se expandía por las sombras; y en medio de aquel triunfo de vida vegetativa *clarineaban* otras dos juventudes, bramaban otros amores, pasaban Flora y Tulespre persiguiéndose precipitadamente hacia la Pescara.

Llegaron al fondo, por entre medio de las malezas, de los troncos, de las ortigas, de los cañaverales, con los vestidos laceados, con manos y pies sangrantes, con los pulmones dilatados, completamente bañados en sudor: un soplo de polvillo ácuo los roció de improviso. El río allá delante, se rompía contra los peñascos en un nimbo de espumas, en un maravilloso nimbo de blancura y de frescura bajo la aridez desesperada de la montaña batida por la canícula; el agua que irrumpía impetuosa abríase miles pasos a través de las piedras, tumultuaba contra los diques, desaparecía bajo un tapiz de hierbas secas haciéndolo palpitar como el vientre de un anfibio sumergido, reaparecía gorgoteante entre los juncos, tumultuando todavía. En las rocas de arriba, a pico, no veíase una línea de verde, ni un palmo de sombra: erguidas, como surcadas por arterias de plata, terriblemente bellas y desnudas contra el cielo.

Flora se acercó y bebió con avidez. Hincada sobre el arenal, saltándole el seno, con la lengua en el agua, en la curva de la espalda y del lomo se parecía a una panteira; Tulespre le envolvió toda con una mirada turbia llena de lujuria.

—¡Bésame! Y el deseo le extrangulaba la voz en la garganta.

—No.

—Bésame...

Le tomó la cabeza entre las palmas de las manos, la atrajo a sí, y con los ojos medio

entornados estuvo sintiéndose correr por las venas la voluptuosidad de aquella boca húmeda, apretada contra su árida boca.

—No — repitió Flora escurriéndose hacia atrás, pasándose la mano por los labios como para borrar el beso.

Pero temblaba más que una sarga, mas en la carne túrgida por el calor de la carrera sentía comezones, una lascivia flota-

ba en el aire, estaba en el sol, estaba en los perfumes.

Una cabeza negra de cabra apareció arriba entre el follaje, mirando con el apacible iris amarillo de su pupila, aquel nudo vivo de miembros humanos. Y la Pescara cantaba.

MARIO CATALDO MARCIAL.

EN EL SENDERO

Las últimas gotas del chaparrón habían desaparecido por completo, por la fuerte racha de viento que hizo estremecer a los árboles, dejando en el ambiente frío, un raro olor a tierra húmeda, muy agradable para aquellos que gustan saborear los encantos de la Naturaleza... Arriba, las nubes se arremolinaban en todas direcciones formando siluetas de monstruos formidables, que luchaban por llevar la delantera en aquella carrera macabra.

El sendero estaba allí, inmóvil; a los lados se extendían sus campos cubiertos de verduras; a lo lejos una muralla de álamos cerraba el panorama que iba a perderse al pie de una cadena de cerros negruzcos. A la orilla del camino, flores silvestres engalanaban el alambrado, algunas vacas blanquinegras venían de vez en cuando a oler las flores de aquel jardín solitario, nacido y cuidado por la Naturaleza pródiga y fecunda. Dos hombres jóvenes marchaban indiferentes a todo lo que les rodeaba; parecía que una gran incertidumbre les invadía; cada cual llevaba sobre sus espaldas un bulto: era su bagaje de peregrinos, que caminaban hacia lo desconocido en busca de nuevos horizontes.

El más joven rompió el silencio y dijo: Creo que hoy, con este tiempo tan brusco, no llegaremos al pueblo, y volveremos a dormir como las demás noches a toda intemperie. El otro no contestó: volvió para dirigir una profunda mirada a su acompañante, y siguió su marcha cortando una que otra margarita que se balanceaba con el viento al borde del camino.

Si esta noche vuelve a llover, — continuó el joven — parece que vamos a andar mal; mi cuerpo no resiste estos desarreglos, porque no estoy acostumbrado a esta clase de vida... Si estuviésemos en mi pueblo sería otra cosa; allí no me faltaba nada...

—Pues, si no te faltaba nada — contestó el otro — ¿quién te mandó salir a pelear

frente a frente con la vida? Tú eres muy débil de espíritu; te quejas porque has dormido dos noches mirando las estrellas; sin embargo, no se quejan los miles de vagabundos que andan por el mundo como judíos errantes, sin tener un lugar donde poder descansar un momento.

—Es que yo no he sufrido nunca — dijo el otro — mis padres tienen propiedades y dinero; ahora me encuentro abandonado de ellos por una mala acción que les hice, pero pienso reconciliarme con ellos lo más pronto y volver a ser el mismo de antes.

—Tú eres un burgués — dijo el más viejo. — Los modales, tu cobardía me lo demuestran. Tu padre, según me dices, es un déspota. Tú serás otro igual. No eres digno de andar conmigo, porque yo soy un desheredado, uno que no conoce ni quiénes lo engendraron. Siempre he sido y lo seré, un vagabundo, porque odio a todos los que me han robado a los míos; ¡mira! — dijo señalando con sus dedos crispados una casa que se divisaba allá lejos — vez aquella casa?

—Sí.

—Pues bien, anda allá; esos que viven allí pertenecen a tu clase, anda donde ellos y déjame a mí sólo seguir mi marcha; tú a mi lado no puedes estar...

Habían llegado al cruce de un camino, la atmósfera seguía pesada, negras nubes amenazaban caer sobre los campos; los dos permanecían silenciosos, uno muy pensativo, y el otro muy sereno, con la cabeza apoyada en su bagaje y los pies estirados en el césped, miraba dos pájaros que en la rama de un árbol cercano cantaban muy contentos, sin importarles la lluvia que amenazaba caer.

—Me voy — dijo el joven.

—Para dónde.

—Allá, a la casa que allí se divisa.

—Es mejor. Hombres como tú son indig-

nos de salir a la vida. Allá estarás bien.

—¿Y tú, qué harás?

—Yo me quedo; caminaré solo como los fuertes, algún día se hará la justicia, y entonces, ya no tendré por qué andar...

—Bueno, adiós!

—Salud!

Y poco a poco se fué alejando por un pequeño camino que conducía a la casa señorial.

Arriba empezaba a tornarse azul, algunos arboles aparecieron por el oriente, una perdiz voló asustada de entre medio de

la maleza. El vagabundo se levantó y comenzó su marcha con una sonrisa en los labios. Parecía que una visión de optimismo se dibujara en sus pensamientos.

Era la hora vespertina, un suave rayo de sol moribundo iluminó su semblante; él lleno de entusiasmos, empezó a canturrear una canción y los pájaros acompañaron con un coro musical, las voces de aquel vagabundo enamorado de los campos florecidos...

FRAY ANDRÉS.

TRADICIONES CAMPERAS DEL URUGUAY

EL DOBLON

PARA LA ALBORADA.

I

En un pueblo del interior de mi país, vivía un señor, cuyo nombre no debo recordarlo (perdonad la piratería) en bastante buena posición social y económica; casado desde hacía muchos años, poseyendo ya tres hijos; el mayor, varón de doce años cumplidos, y dos niñas de siete y de nueve primaveras, respectivamente. La señora, joven aún, bastante guapa, había sido una de las beldades más codiciadas de su tiempo y había llamado, por su hermosura, justamente la atención de los contemporáneos de su lugar, conservando todavía su belleza fresca y lozana, como incitante y sazonado fruto de otoño. Era aquél un matrimonio feliz, todo lo feliz que puede ser una pareja de seres que bien se quieren, gozan de buena salud con su prole, disfrutan lo mismo de un bienestar de rentas que los pone al abrigo de cualquiera eventualidad peligrosa y se tiene de ellos una excelente opinión de honestos y virtuosos, que los hacen acreedores de toda clase de distinciones, aprecio, créditos, y merecimientos.

Para los quehaceres domésticos habían contratado dos sirvientas: una niñera que cuidaba y quería como una madre a los chicos; y para las demás tareas caseras, una criada bastante joven que, desde hacía siete años estaba, a satisfacción de todos, en la casa.

Esta criadita entró muy joven, casi una niña, en aquel hogar: en el momento que sucede lo que el presente relato perfila a

luz, lucía apenas 18 años. Puede decirse que se había formado allí, criándose al mismo tiempo que los hijos de la casa; por eso era más apreciada por todos y querida como algo propio por la señora. En sus diez y ocho abries estaba hermosísima la doméstica: rosada y sana, como la fruta que ~~dice~~ que tentó Eva; gruesa, musculosa, sin ser gorda; bien proporcionada, fresca y blanca, como carrarino mármol; con morbideces incitantes, respirando vida y juventud por todos sus poros; solícita, limpia, bien prolija siempre, como sabiendo que como reza el vate hispano:

"Es la esencia mejor de la belleza
El olor sin olor de la limpieza".

Semejándose a una rozagante flor silvestre, con unas miradas volcánicas, capaces de encender un témpano, y unas formas... ¡ay, mi Dios!, con más gracia que el bautismo; algo por demás tentadora para un hombre que no fuera don José, el de la bíblica leyenda:

...dulce y sabrosa

Como la fruta del cercado ajeno

Así le debió parecer al patrón de la casa, que empezó a jugar y a requebrar más de lo de costumbre a la criada: a tirarle tientitos de un algo dura y gastada carona a aquel pimpollo primoroso y tentador; pero sin resultado alguno, tiros al aire, y vanos, como fuegos de artificio, porque la criada no comprendía sus contoneos y arrumacos, o se hacía la que no entendía las intenciones un tantico pecaminosas, ni se daba por aludida de las insinuaciones tenebrosas del dueño de aquel hogar.

II

Un día, la guapa sirvienta, que tanto comézón levantaba en los corazones puebleros, se presentó a la señora con un atadito de ropa debajo del brazo, *endominguada*, es decir, preparada con su mejor traje como para pasear, pero llorando. Sorprendida, admirada, quedó la señora al ver en ese lamentable estado de ánimo a su doméstica. Preguntóle por qué lloraba tan desconsolada, sin que se supiera la causa; a dónde iba en esa forma, sin haber avisado a nadie de esa retirada intempestiva; y si le había pasado alguna desgracia que ella ignoraba para encontrarse en esa tan honda desesperanza. La sirvienta, todo llorosa, entre sollozos y lágrimas, le dijo que venía a que le pagara su cuenta, puesto que se retiraba para siempre de aquella casa; que necesitaba en seguida ese dinero, porque con él abonaría el gasto del viaje; y que pensaba salir de allí ahora mismo, antes que la tomara la noche fuera de la vivienda de sus padres.

RICARDO HERNÁNDEZ.

(Continuará)

A LOS AGENTES Y PAQUETEROS

Pedimos a los agentes y paqueteros, tengan a bien no demorar el envío de las suscripciones y otros valores, cuyo retraso entorpece la buena marcha de nuestra revista, y por cuya causa nos veríamos en la obligación de suspender el envío a los que no cumplieren.

El Administrador.

En la Capital nuestra revista está en venta en los siguientes puntos: "La Protesta", librería; "La Escuela Moderna", Estados Unidos y San José; Ateneo Racionalista de Villa Crespo, Loyola 94 y Matheu 1172; A. De Leta y D. Marcianten, Inclán y Luca, cigarrería; Carolina Venegoni, Ventana 3872; Juan Renda, Jujuy

1768. — Y en todos los kioscos de la Avenida: Kiosko Marconi, Rivadavia y Pueyrredón; B. y Pueyrredón; San Juan y Entre Ríos; Corrientes y Callao; Corrientes y Anchorena y los dos kioscos de Constitución y Rivadavia y Callao; Paraná y Rivadavia y Luna Park.

INTERIOR

E. Marcos: Mechita (F. C. O.)
 J. Contreras: Toay (F. C. O.)
 R. Laportilla: Roberts (F. C. O.)
 J. Nieves: Moreno 268, Campana (F. C. C. A.)
 A. Núñez: Trenque Lauquen (F. C. O.)
 M. Gamíndez: Avenida Mitre, Sarandí (F. C. S.)
 J. Sirkalta: Alvarado 1003, (Salta).
 D. Bosco: Luján (F. C. O.)
 Julio Burgos: Salta 148 (Jujuy).
 Ramón de Arca: Fonda Echevarría, Balcarce (F. C. S.)
 A. Fernández: Laguna Paivee (F. C. C. N. A.)
 J. Iglesias: Casa del Pueblo, Berazategui (F. C. S.)
 J. Iglesias: Casa del Pueblo, Berazategui (F. C. S.)
 B. C. Cano: Rivera (F. C. P.)
 Juan Ramírez: Catrillo (F. C. O.)
 José Kovaes: Coronel Suárez (F. C. S.)
 Manuel González Brió: Mendoza 249 (Rosario).
 Nicanor Pereyra: Tres Lomas (F. C. S.)
 Simón Cerrutti: San Critóbal (F. C. C. N. A.)
 Pedro S. Luna: Baradero (F. C. C. A.)
 F. Barbera: Treinta y Tres 1505 (Montevideo).
 Lucas Sosa: Valdez (F. C. S.)
 Adolfo Testa: Fonrouge 671 (Liniers).
 Antonio L. Orellana: 25 de Mayo (F. C. S.)
 Benito Chamarro: Santa Rosa de Toay (F. C. O.)
 Feliciano Carrero: Casa del Pueblo Ing. White (F. C. S.)
 J. M. Ramos: Punta Alta (F. C. S.)
 A. Corrales: B. Blanca, kiosko Colón y Chiclana.
 Gregorio Quiñones: Río Negro 148 (Santiago del Estero).
 M. Prieto: Mar del Plata (F. C. S.)
 Julio R. Magariño: Uriburu (F. C. O.)
 Bernardino Corral: General Pico (F. C. O.)
 García Guirado: F. Moreno 1665 (Mendoza).
 Tomás Bautista: Relojería, S. Pedro (F. C. C. A.)
 Pedro Sodano: San Luis 1024 (F. C. C. A.)
 Francisco Malvaso: Necochea (F. C. S.)

"LA REVISTA DE LOS NIÑOS"

Apareció el núm. 6 de esta revista

Dedicada exclusivamente al elemento infantil, se edita en el Uruguay esta revista racionalista, amena e instructiva. Se vende a personas mayores para que las distribuyan gratuitamente: 15 revistas valen 0.25 centavos. Pedirla en Buenos Aires, a su agente:

JUAN C. SATRAGNI, Canalejas 3435

Dr. JUAN E. CARULLA

Médico del H. Alvear

Atiende especialmente enfermedades internas

RIVADAVIA 764 (primer piso)

U. Telef. 3717. Avenida

HORAS DE CONSULTAS: 2 a 4 p. m.